

Marzo 11/41



Francisco de Avellaneda.

(ANÉCDOTA HISTÓRICA.) (1)

I.

A fines del siglo quince, cuando Isabel y Fernando concluyeron en Granada la lid de ochocientos años, vivia en Madrid tranquilo un escultor afamado, émulo de los artistas que á Grecia y Roma ilustraron. Francisco de Avellaneda

se llamaba, y aunque lauros á su mérito rendian lo mismo propios que estraños, siempre despreció del mundo los dones interesados, pidiendo al hogar doméstico el premio de sus trabajos. Y era que el tal por esposa tenia un ángel humano cuyo cariño formaba de su existencia el encanto, y uniendo en ella al emblema

(1) La anécdota á que se refiere este romance, está sacada de un manuscrito auténtico del siglo XVI, único documento en que se menciona el escultor Avellaneda.

Por Vicente Palero
y C. Cuesta

2795

de su amor apasionado
ese ideal que el artista
vá siguiendo sin descanso,
inspiracion á raudales
encontraba entre sus brazos,
y de arte y pasion sus ojos
le tenian embriagado.—

Mas ¡ay! la dicha del hombre
es, cual humo en el espacio,
vapor que el céfiro impele
sin dejar siquiera rastro;
y así el pobre Avellaneda
que dormido algunos años
descansó en la confianza
de aquel corazon ingrato,
al soplo de la sospecha
llegó á despertarse al cabo,
y el huracan de los celos
á la realidad le trajo.
¡Víctima del desaliento
cayó el cincel de su mano;
maldijo el arte y la gloria
que sus penas no endulzaron;
y á trueque de ver borrada
la mentira de los labios
en cuyos rojos corales
solo el color no era falso,
cedido hubiera su génio,
sus laureles, sus aplausos,
que hasta la gloria es inútil
á un corazon marchitado!

Mas era el escultor hombre,
y sobre hombre castellano,
que ante el riesgo de la honra
no le daba paz al ánimo;
y ansiando tomar venganza
de un modo terrible y cauto,
fingió para conseguirlo
un viaje precipitado.

Dos dias estuvo oculto
en Madrid mismo; ¡dos años
le parecieron al triste
en su angustioso quebranto!
Y apenas el sol se hundia
tras el Soto renombrado
que corre del Manzanares
hasta los montes del Pardo,
envuelto en negro tabarte
y con la daga en la mano,
centinela de su honra

iba á guardarla velando.
Por fin la tercera noche
vió que con tímido paso
se deslizaba una sombra
de la pared á lo largo,
y tras misteriosa seña
á que dentro contestaron,
acceso tuvo en la casa
de su cariño santuario.
Ciego, loco, Avellaneda,
la siguió; venció el obstáculo
que la puerta le oponia
con ímpetu sobrehumano;
el vestíbulo sombrío
y la escalera salvando,
en alas de la impaciencia
llegó de su esposa al cuarto,
y sorprendiendo á los viles
como sorprende el milano
las descuidadas palomas
que están de su amor gozando,
hasta diez veces en ellos
hundió el puñal toledano,
arráncandoles la vida
al uno del otro en brazos.

Un ¡ay! solo, mas terrible,
que las víctimas lanzaron,
y esos ecos misteriosos
que lleva al alma el estrago,
hicieron que los vecinos
á las rejas asomados
investigasen la calle
con miedoso sobresalto.
Estaba entre ellos la suegra
del escultor, que cercano
su domicilio tenia
dentro de aquel mismo barrio,
y viendo su frente pálida
y sus ojos estraviados:
—«¿Qué es eso?—le dijo—¿ocurre
algun lance extraordinario?»
—«No os asusteis, buena madre;—
él con tono mesurado
le contestó,—vuestra hija
sufria males bastardos.
Hoy la cojió un accidente
que á todos debió pesarnos,
pues su razon se estraviaba
á pesar de mis cuidados;
mas yo con una sangría

puse término al amago, que no hay como sacar sangre para evitar esos daños.»—

Esto dicho, con presteza se ocultó en la sombra, al campo saliendo por el portillo que de Balnadú llamaron, y huyendo de la justicia el inescusable fallo, hácia el reino portugués se dirigió sin descanso.

II.

Dos años eran corridos desde los tristes sucesos que el corazon del artista de luto y sangre cubrieron, y ya nadie en la memoria conservaba su recuerdo, que el olvido es en los hombres naturaleza y remedio.

Hasta el mismo Avellaneda de la influencia del tiempo esperimentó en el alma los saludables efectos, pues conforme lo declara un conocido proverbio, ni hay mal que dure cien años, ni lo resistiera el cuerpo. Y si bien en un principio, solo, en pais extranjero, luchó con gran desventaja contra su destino adverso, pasados algunos meses tornó el valor á su centro, cambiando el dolor agudo en otro dolor mas lento.

Elevados protectores entusiastas de su mérito, por su bien se interesaron y su indulto consiguieron; y cuando volvió gozoso á mirar el patrio cielo, frecuentando los lugares que á su niñez sonrieron; cuando escuchó el noble idioma que allá en días mas serenos con música regalada

le acarició lisonjero, creyó que á nueva existencia nacía en aquel momento, y que fueron sus desdichas la pesadilla de un sueño.

Habrá quien acaso juzgue pronto y fácil su consuelo, quien le tilde de inconstante, quien niegue su sentimiento; pero el hombre es un abismo, su corazon un misterio, y aun no se conoce el móvil que regula sus afectos. Por lo mismo, no es extraño que Avellaneda de nuevo volviese á su antigua vida y al arte con mayor celo; que aspirase á la ventura... ¡Qué mucho! si al poco tiempo á los pies de otra belleza se le vió rendido y ciego.

III.

En una lujosa estancia y en derredor de una mesa, con señales de alegría un banquete se celebra. Epitalámicos brindis repite la concurrencia, dando á comprender que es toda el motivo de la fiesta; y á veces tal se desliza de los amigos la lengua, del licor y del contento bajo la doble influencia; tal retrata su malicia las venturas himeneas, que de la novia el semblante enciende casta vergüenza.

Solo en el novio se nota una prudente reserva; mas á ninguno le admira ni de que la calle recelan, porque le conocen harto y saben por esperiencia que no es pródigo en palabras Francisco de Avellaneda.

Cuando el festin acabado

estuvo, y por vez postrera
daban parientes y amigos
la cordial enhorabuena,
con su ademán les detuvo
el novio, cojió la diestra
de la jóven desposada,
que por su hermosura reina,
y como si no advirtiese
sus miradas de estrañeza,
entre grave y cariñoso
le dijo de esta manera:
—«Ponderarte, esposa mia,
el gozo que me enajena
en este supremo instante,
es superior á mis fuerzas.
Omito, pues, intentarlo;
mas para que lo comprendas
por medio de obras, que en todos
cualquier duda desvanezcan,
te quiero dar una joya
de tal valor y riqueza,
que mirándola te incline
á que constante me seas.»—

Concluidas estas frases
hízole á un criado seña,
recibiendo de sus manos
un estuche de madera.
Dibujábase en la tapa
rica labor arabesca,
con preciosos embutidos
de oro, marfil y turquesas,
y en el interior, forrado

por almohadillas de seda
cuyos brillantes colores
realzaban su belleza,
una daga toledana,
de moho y sangre cubierta,
vio con sin igual asombro
la reunion placentera.

Sobrecogida la esposa
lanzó un ¡ay! con honda pena,
cambiándose sus claveles
en pálidas azucenas;
pero ageno á sus angustias,
y á la creciente sorpresa
de aquellos, cuya memoria
despertó la triste prenda,
volvió á tomar la palabra
el honrado Avellaneda,
y así con noble mesura
terminó sus advertencias.

—«Mira siempre en esa daga
una muda consejera,
un espejo á quien consultes
el rostro de tu conciencia;
y no dudes, mujer mia,
que mientras fies en ella
sabrás conservar incólume
tu primitiva pureza,
porque guiando tus pasos
á la virtud mas severa,
ha de impedir que á tu esposo
aun de pensamiento ofendas.»—

L. V. y D.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,

Carrejas, 9.

MADRID: 1871.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,

Rollo, 6, bajo.